

El final de la cuenta atrás.

Realmente la culpa ha sido mía. Fui soberbio y orgulloso. Me creía omnipotente. Pensaba que conocía bien a todas las criaturas de la Tierra Media. Sus virtudes y sus debilidades, su vigor y su fragilidad, su entereza y su abatimiento. A todos, en mayor o menor medida, les movía la envidia, el poder, el deseo de ser más de lo que se es. Siempre se desea más. Hasta a los puros y etéreos elfos les puede doblegar la ambición, el orgullo, la soberbia o el deseo. Pero me equivoqué. Subestimé el hecho de que pudieran existir pequeños seres aburridamente simples, sencillos, sin ambición alguna. Apenas más importantes que un insecto insignificante en un campo de trigo a principios del verano. Pero esos odiosos insectos tan apacibles, tan bondadosos, tan immaculados, tan hogareños y tan serviciales existían, y se llamaban hobbits. Aunque para mí no eran más que criaturillas sin importancia, que vagaban por los lindares de los grandes reinos, apenas en un rincón del mapa de la Tierra Media.

Con el tiempo, uno de ellos se convertiría en la peor y más insidiosa criatura de todas. Esa que no desfallecía. Esa que siempre estuvo allí. Esa que por un breve tiempo me llevó y a la que mi último portador solía llamar Sam. Si no hubiera sido por él, por ese tal Sam, ese maldito y odioso jardinero de tres al cuarto, mi portador no estaría donde está ahora. Luchando por mí en las laderas del Monte del Destino, con la criatura que ocupó su lugar durante tan largo tiempo antes de él.

Y tan solo me queda un minuto de vida.

Aún recuerdo con claridad el día en que estuve aquí por primera vez. El momento en que Sauron rompió su alma dividiéndola en dos, haciéndola a la vez más fuerte, pero más débil. Ese día fue mi principio. El principio de una leyenda, la del Anillo Único, y el final de mi propio yo. El final del temido Sauron. Ese día, Él, Sauron, se sentía invencible, superior a todos. Iba a engañarlos como nadie aún lo había hecho. Las artes oscuras son poderosas, y el arte de la forja aprendido de su maestro Aulë y refinado entre los elfos de Eregion darían sus frutos. Tan solo tenía que coger parte de su esencia, de su ser, de su alma poderosa e imponente, y conseguir destilar una importante fracción de esta, fusionándola con el más puro oro obtenido de las profundidades de la tierra. Poco a poco, recitando, martilleando, calentando, fundiendo, amalgamando, invocando, protegiendo, declamando una larga y monótona letanía durante toda la transformación, golpe tras golpe, en un cansado y sudoroso proceso que al final, exhausto y agotado, revelaría su resultado. Aquel tesoro tan deseado, tan discreto y tan hermoso a la vez, aquello tan simple y tan fuerte. Yo.

Ese día se creó el más poderoso de los anillos mágicos que jamás haya existido, destinado a gobernarlos a todos. Ese día un anillo, sin ornamentos y bello, adquirió poder y también adquirí consciencia. Al principio era algo apenas perceptible. Sauron y yo estábamos unidos y mi entendimiento pasó completamente desapercibido. Cuando me separé de Él, con el tiempo, esa consciencia iría mutando, aumentando y tomando forma para protegerme. Desarrollé una astucia y un pensar propio con el que juzgar y actuar. Sé que resulta extraño, pues sólo Eru Ilúvatar está dotado para dar vida, así que cuando me forjó e introdujo parte de su poder en mí, debió introducir de forma imperceptible parte de su ser, o de su alma, y eso fue lo que con el tiempo, la paciencia y la soledad, fue fermentando en mí y convirtiéndome en una criatura maravillosa y sobre todo única.

Aún ahora, resuenan en mis recuerdos los golpes del yunque, en ese ardiente río de fuego que fluye entre rugidos bajo sus pies. Siento el calor del lugar, la cegadora luz rojiza en el rostro de Sauron, el aire pesado y denso de los vapores.

Y tan sólo me quedan cincuenta y cinco segundos de vida.

Los Pueblos Libres tienen un refrán: “divide y vencerás” Soy consciente que si Él no se hubiera dividido al forjarme, Yo no existiría. Sé que mi misión era la de tener poder sobre los otros anillos, a la vez que Sauron depositaba parte de su esencia en mi, para evitar su destrucción, cómo había ocurrido antaño con Morgoth. Mientras permaneciera a su lado, Él sería el Señor de los Anillos, aunque es cierto que siguió siéndolo cuando yo no estuve con Él y los siguió gobernando. Mi función era simple, si Él sucumbía, yo tenía que permanecer a salvo para que su esencia fuera recuperándose. El planteamiento podía parecer inteligente en un principio, pero ahora que lo veo con más perspectiva se me antoja más un acto de cobardía que de estrategia... ¿Cómo pudo ser tan necio dividiéndose? ¿Cómo no previno o simplemente se cuestionó que si alguien le separaba de mí cortándole el dedo de la mano, ese gesto daría pie a su volatilización y a nuestra condena durante largos y lentos siglos?

Y allí estaba yo, tendido sobre el campo de combate. Aparentemente inocente, pero poderoso. Hermoso y cruel. Dispuesto a iniciar mi propio reinado de terror y seducir rápidamente a mi nuevo primer siervo. Su asesino, el príncipe Isildur.

El príncipe resultó ser un inepto. Como todos los de su raza era demasiado soberbio y demasiado codicioso. Cualidades que aproveché para mi propio beneficio, puesto que doblegué su voluntad con tremenda facilidad. Me introduje en su mente como había hecho anteriormente con los siervos de Sauron. En realidad no fue complicado, acababan de separarme del Señor Oscuro y mi poder se mantenía con toda su plenitud y ebullición. Así que entré como un río que se desborda tras una crecida, arrollando y arrasándolo todo, haciéndolo mio sin que se percatara de ello.

Descubrí cuando me tomó entre sus manos, que su mente era caótica, llena de miedos e inseguridades. Se había preparado durante toda su vida para suceder a su padre, había realizado grandes proezas, pero ahora le embargaba la inseguridad. Temía no estar a la altura, no saber afrontar las responsabilidades que de golpe habían recaído sobre sus hombros con la muerte de su padre y la de su poderoso enemigo. Yo no entendía el porqué de esas dudas y de ese repentino duelo. Acababan de destruir al Gran Sauron y yo no sentía toda esa pesadumbre y apatía. Al contrario, me crecí y me preparé. Sé que el duelo es algo inherente a la condición de los humanos, pero nunca lo entenderé, pero sí que pensaba aprovecharme de ello.

Isildur había acudido junto a su padre por simple instinto, por que cuando lo vio en el suelo su ser se lo pidió. Allí fue sin pararse a valorar que se estaba metiendo en la boca del lobo, al lado del poderoso Señor Oscuro que fue a rematarle tal y como lo había hecho hacía unos instantes con su padre y con el Alto Rey de los Noldor. No creo ni que fuera consciente de lo que hizo. Simplemente estaba triste, con miedo y lleno de ira y esa combinación es explosiva. ¿Que actos tan irracionales te pueden llevar a hacer los sentimientos? Su instinto de conservación le hizo coger la empuñadura de la espada rota de su padre e interponerla entre su cuerpo y el de Sauron. La mala suerte quiso que con ese gesto imprevisto e impulsivo el dedo en el que Yo estaba alojado se separara de Él. Caí al suelo e Isildur me miró, levantando el labio, arrugando la nariz y frunciendo el ceño. Le daba asco. Sentía asco de mí, pero aún así me recogió.

Tan solo él me tocó y yo acabé en su poder, en las manos del ahora nuevo héroe y salvador de toda la Tierra Media. Mientras todos le aclamaban y admiraban, Isildur ya se encontraba en mis manos, lleno de inseguridades y miedos, y deseando ser realmente merecedor de todo ese reconocimiento. Allí fue cuando por primera vez empecé a manipularlo para mis fines. Así, cuando Elrond y Círdan

le sugirieron que me llevara al Orodruin para destruirme, yo le implanté la idea de que si no me destruía podría usar mi poder para su beneficio. Le haría casi inmortal y le elevaría a las mayores gestas.

La inmortalidad, me gusta como suena eso -pensó- sí, dominaré el anillo y estará a mis órdenes bajo mi poder -decidió.

Tras ese pensamiento sentenció de forma contundente ante la atónita mirada de los dos nobles elfos.

-“Esto lo conservaré como prenda por la muerte de mi padre y de mi hermano ¿No fui yo el que asestó al Enemigo el golpe de muerte?”

Y permaneció allí en pie contemplándose, acariciándose, y los elfos no osaron cuestionarlo, pero a partir de ese momento no dejaron de posar sus ojos sobre mí, vigilándome y estudiándome siempre que les fue posible, pues los noldor conocen de los poderes del Señor Oscuro y nunca se fiaron de que su poder desapareciera del todo si yo no era destruido.

Fue así como le hice sentir que yo era aquello que aparentaba, una mera sortija. Un simple anillo mágico al que podría controlar y podría usar a placer para sus propósitos. Un anillo que atesorar entre sus más preciosas heredades. El muy simple llegó a pensarlo. ¡Qué estúpidos que son los humanos si realmente creen que un ser tan insignificante como ellos, un hombre, ya sea el mayor de los sabios o un gran rey, pudiera darle órdenes a un espíritu del orden mayor! ¡A la creación de Sauron, el más poderoso de entre los Maiar! El principal siervo de Morgoth, su aprendiz, su vengador, la desgracia de los númenóreanos, el forjador de los anillos, el amo de los espectros, el creador de su propio ser. ¿Cómo podía creer que iba a doblegarme a mí? ¡Al espíritu de Sauron! ¡Jajajajaja! ¡Pobre infeliz! Fue así como conseguí sobrevivir, custodiado nada más y nada menos que por el ingenuo y maleable nuevo soberano de los hombres de Númenor, tan débil y pagado de sí como sus ancestros. Y yo era su amo.

De esta forma tan simple, permanecí a su lado, no por su voluntad, sino por la mía. Debía sobrevivir y ser protegido por largo tiempo, ese era mi fin. No me quedaba otra opción que tener que asumir esa situación, pese a que no era de mi agrado. La otra parte de mi alma debía volver a reconstruirse. Y eso llevaría mucho tiempo. Pero mientras yo sobreviviera, Él tendría todo el tiempo de Arda para ello...

...Y sin embargo, ahora, a mí tan sólo me quedan cincuenta segundos.

En verdad, resultó muy sencillo desprenderme de ese alfeñique de Isildur. Las oportunidades hay que aprovecharlas cuando aparecen y aquella era demasiado buena para no hacerlo.

El rey había emprendido un viaje y se encontraban descansando cuando una horda de orcos les atacaron de imprevisto, aunque fueron repelidos. En esa primera incursión, Isildur tan solo se preocupó por poner a salvo esa arma homicida, esa espada quebrada, esa despreciable Narsil a la que ellos adoraban cómo si fuera su talismán, un odioso talismán. Debo de reconocer que en cierta forma tenía razón. El objeto homicida, el que arrebató a Sauron su cuerpo, el que por su culpa ahora estoy metido en este eterno atolladero, no era para nada de mi agrado. Me daba asco y mi poder resultaba algo menguado ante su presencia. No me sentía bien, era como si de algún modo me coartase, me impidiera ser mi yo completo. Así que cuando su preciado talismán desapareció de nuestro campamento, empecé a buscar al grupo de orcos que habían perpetrado la incursión, para ir

metiéndome en sus mentes, así como antaño hacia cuando ordenaba y guiaba con Sauron a los Espectros del Anillo. Por sugestión mía, esperaron el momento propicio, atacando nuevamente cuando volvimos a acampar, pero esta vez de noche.

Isildur se creía muy superior desde que había derrotado al Señor Oscuro y daba por sentado que, tras la anterior escaramuza, esa horda huiría y los dejarían tranquilos. Había sido tan soberbio que ni tan siquiera había ordenado que se hiciera guardia esa noche. Adoro cuando estos humanos me facilitan tanto el trabajo. Los orcos atacaron sin que los númenóreanos se lo esperasen, y los encontraron del todo desprevenidos, mucho más que la primera vez.

Fue entonces cuando, en medio de la batalla, Elendur le pide a su padre Isildur que se ponga a salvo y huya conmigo. ¡Por Mordor! ¡No podía creer lo que oía! Su propio hijo le estaban aconsejando que huyera como un vil cobarde para salvarme y seguir usándome. Y el muy ladino no se lo piensa dos veces y deja a sus hombres y a su vástago en el momento más comprometido y desfavorable del ataque ¡Que egoísta! Pero lo más humillante es que no se fue como un guerrero, no. ¡Me usó para huir! ¡Cobarde! Aprovechó mi invisibilidad para escabullirse de la batalla y huir hacia el río. Allí se percató de que el caudal se encontraba inusualmente crecido. Sabía que le estaban siguiendo o al menos algunos grupos de orcos no andaban muy lejos. No le quedaba otra que cruzar el río. Así que rápidamente se quitó toda la armadura y sus vestiduras, quedando desnudo, y se lanzó al agua.

Su intención era cruzar el vado nadando y así evitar hundirse en el río, pero la jugada no le funcionó. Aunque como buen númenóreano era buen nadador, el Anduin fue más poderoso que él. La corriente era muy fuerte, mucho más de lo que el pobre desgraciado había sospechado, y se adentró en una zona de remolinos que empezaron a hundirlo y a arrastrarlo hacia una franja cenagosa con juncos. Fue allí, harto ya de estar con una criatura tan simple y deseando desaparecer de la siempre atenta e inquisitiva mirada de los elfos, que me agrande y deslicé sutilmente de su dedo. El pobre infeliz quedó desconcertado, solo, desnudo y sin su tesoro, y lo peor de todo, visible. Se arrastró como pudo hasta un islote de barro y una vez allí se puso en pie. En su inconsciencia debió pensar que la pérdida había sido debida al barro y al agua. Nunca sabrá que fui yo quien decidí abandonarlo, dejando que la corriente me arrastrara hasta el fondo, separándome de Isildur, que quedó allí desconcertado dudando entre buscarme o ponerse a salvo.

Fueron solo unos segundos, pero fueron suficientes. Mientras me retiraba de su mano, hice que una patrulla de orcos que se acercaba se apercibiera de la presencia de una figura que se recortaba como una sombra a la luz de la luna sobre el islote. De esta forma tan poco noble, Isildur fue acribillado a flechas, como una mísera criatura del bosque cazada para el placer de sus verdugos. Su cuerpo inerte cayó al agua y el río se lo llevó para siempre sin dejar cuerpo al que enterrar o sitio donde llorarle. Fue lo que realmente se merecía por su acto de cobardía. De esa forma, yo permanecí en el anonimato durante largos años, mientras Él se iba recomponiendo poco a poco, y la Tierra Media se relajaba y se creía a salvo de mi sombra y de mi poder.

Después vinieron años de incógnito, pero también años de tedio sin fin. Al principio no tenía muy claro si lo que había hecho era lo mejor. Empecé a pensar que tal vez haber dejado al nuevo rey no había sido la mejor de las ideas. Si bien es cierto que mi presencia desapareció de la inquisitiva mirada de los elfos, cosa que favoreció y ayudó a nuestro propósito de forma extraordinaria, la vida con Isildur, al menos, había tenido sus recompensas: las dulces batallas, el sentir y disfrutar de su codicia, el oler y saborear el flujo agridulce de la sangre, la sequedad del miedo, la acidez del pánico en todos sus adversarios. ¡Oh! ¡Qué deliciosos sentimientos y como los echaba de menos! Pero allí, entre los guijarros del río, las truchas, los gobios y las carpas, poco podía hacer más que

permanecer inmóvil en el anonimato, viviendo, esperando, observando el orden de la naturaleza a mi alrededor. Entregué mi alma y mi destino a la soledad. Esperando el día y la hora en que pudiera disfrutar de todo aquello que obtendría como recompensa por mi paciencia. Me preparé allí, en el lecho del río, durante diez, cuarenta, sesenta, cien años, o muchos más, pasaron más allá de mi cuenta.

En esa época observé y aprendí que las criaturas solo matan por comer o proteger a sus crías, no por crueldad, sadismo o satisfacción. No tienen ambiciones. La naturaleza es respetuosa y sigue su curso, es sencilla. Mientras Sauron se está recomponiendo nutriéndose del odio y la venganza, Yo permanecí silencioso, amparándome en la contemplación del mundo y la naturaleza, en la paciencia y la adquisición de conocimientos. En esa época en la que aparentemente nada ocurría Yo fui desarrollando un nuevo sentimiento, la calma. Esta me llevo a aprender a juzgar, a reflexionar y a ir adquiriendo un pensar propio. Hasta ese momento todo lo que me había rodeado era furia y caos, y el deseo de poder y gloria. Ahora estaba rodeado por seres que ignoraban estos sentimientos, se toleraban y también se atacaban, si, pero para subsistir, no por gloria o poder. La mayor parte del tiempo simplemente convivían.

Curiosamente el ver, observar, juzgar y aprender a sacar conclusiones propias, desarrollaron de una forma antes impensable mi primitiva consciencia, llegando a alcanzar una gran individualidad estando dentro de esas circunstancias tan neutras y con aparentemente tan pocos estímulos directos. El tiempo me permitió recordar y valorar todo lo que había acontecido desde que fui forjado hasta llegar a ese instante. Fui consciente de que mi creación no se debió a un deseo o a una necesidad, se hizo sencillamente porque Él podía, porque Él se sentía superior a todos y pensaba dejarlo bien claro. Mi creación era solo una cuestión de principios, de orgullo y, por último, un seguro. No pensaba que estos años sin Él harían que fuera adquiriendo esta conciencia y empecé a valorarme como algo independiente a su voluntad. Sin embargo, la hechicería que Sauron había usado en mi forja era poderosa, me seguía atando a Él, me doblegaba ante esa magia, obligándome a ayudarlo y no cuestionarle en nada.

De esta forma, las estaciones se fueron sucediendo una a la otra en un círculo continuo. Los paisajes se transformaron, el cauce del río había vuelto a su normalidad y con el tiempo incluso se fueron secando y estrechando las orillas de forma que las ciénagas se redujeron. Los insectos menguaron y en los márgenes la espesura dio paso a los claros. Las ciénagas originales se fueron transformando en cursos menos insanos y más habitables. El clima se atemperó. La fauna se fue reproduciendo y falleciendo, mientras nuevas especies se acercaron, estableciéndose por los diversos parajes. Criaturas venidas de otros lares empezaron a frecuentar sus márgenes. Tiempo después un grupo de seres empezó a aparecer por el río. Desde el fondo del cauce podía percibir su reflejo en el agua. Eran parecidos a los humanos, pero de baja estatura. Con la primera impresión parecían un grupo de niños. Evidentemente se trataba de algún tipo de humanoides adultos que yo desconocía y nunca había visto. Al principio estuve atento a sus movimientos, pero resultaron ser seres completamente pacíficos e inofensivos. Nunca ví en ellos ninguna actitud belicosa ni agresiva. Su única preocupación era la de comer, vivir, recolectar, labrar y de vez en cuando pescar. Con el tiempo me fuí acostumbrando a estas presencias ocasionales. Las toleraba, no me afectaba para nada verlas merodeando por las orillas. Al fin y al cabo, su reflejo y su comportamiento no me demostraban que supusieran ningún tipo de peligro. Mi escondite seguía siendo perfecto y era evidente que esas criaturas no me estaban buscando ni tampoco les interesaba.

El alba y el ocaso se sucedieron una, otra y otra vez. Hasta que un día, un día cómo cualquier otro, detecté la presencia de dos de esas almas. Una corría por la orilla y la otra se hallaba dentro de una barca mientras pescaba, no muy lejos de la primera. Me fijé por un momento en ellas más como

pura distracción o curiosidad que no por considerarlos un peligro. Exploré sus almas. La segunda era servicial, extremadamente amable y pura. La primera parecía inocente, pero al mirar mejor en ella, vi como en su corazón se encendía la codicia y la envidia. Esas cualidades me sorprendieron, nunca las había percibido en el corazón de esos pequeños hombres cuando frecuentaban la pesquera, si bien no le dí más importancia. No era la primera vez que alguien se acercaba a esa zona del río para abreviar, nadar o pescar, así que después de ese primer vistazo me desentendí de ellos y no les dediqué mucha atención.

Ese encuentro no fue buscado. Fue sencillamente fortuito e inesperado. Tan inesperado que ni me dio tiempo para intervenir. Me encontraron y volví a hallarme en el exterior, sin darme tiempo para nada. Eso me desconcertó por un instante, o debía volver al cauce del río o debía hacerme con uno de esos seres para que me ocultara y después de lo que había visto al observar sus almas, estaba bien claro cual de ellos era el elegido. No podía consentir que nadie, por muy inocente que pareciera, conociera de mi existencia ni de mi refugio. Nuevamente pude saborear el olor del miedo y el terror y el dulce elixir de una muerte violenta y cruel. La criatura llamada Sméagol dejó a su acompañante tendido e inerte, me tomó entre sus manos y me acarició con codicia en los ojos. Yo disfruté de ello como hacía tiempo no había disfrutado. Lo que pasó ese día es de todos conocido entre los de su pueblo. Se convirtió en un relato de viejas, en una de esas historias que las abuelas cuentan a sus nietos para darles una lección de vida esperando que luego se porten bien.

- No queréis ser cómo Sméagol y acabar desterrados, ¿verdad? - les preguntaban.

- El malvado Sméagol acabó matando a su primo y luego se divertía maltratando y torturando a pequeños animalillos sólo por placer – comentaban otras horrorizadas, mientras los chiquillos se tapaban los ojos y gritaban de terror.

Algunas con más imaginación le habían dotado de alas y cuernos y lo habían convertido en un ser monstruoso, grotesco y poderoso. ¡Qué exageración! Nada más lejos de la realidad. Aunque en cierta forma, es cierto que se convirtió en un monstruo. Su comportamiento fue agravándose, le tenían miedo, así que finalmente su propia abuela lo desterró de la comunidad. Fue así cómo aislado, repudiado y amargado pasó a mi servicio y me ocultó por quinientos años. Y ahora, furioso, descontrolado, fuera de sí, está dispuesto a enfrentarse a mi portador para volver a disfrutar de mí.

Y tan sólo me quedan cuarenta y cinco segundos de vida.

La criatura Sméagol me mantuvo escondido en las cuevas de las montañas. Allí, bajo mi influencia, se corrompió, degradándose, perdiendo lo poco de bondad que había tenido alguna vez su alma, y pasó a llamarse Gollum y yo fui su más preciado tesoro. Pero ser Su Tesoro fue algo de nuevo tedioso y aburrido. La única sangre con la que me pude recrear fue la de jóvenes e inexpertos trasgos que emboscaba con mi ayuda, muriendo sin esperarlo y sin ningún tipo de satisfacción o emoción por mi parte. Luego estaba la pestilencia de esos lánguidos y serpenteantes gusanos, peces blanquecinos, anfibios ciegos y otras criaturas reptantes de las que se alimentaba, devorándolas ruidosamente, hasta la saciedad, con gran entrega y devoción. Masticando la comida hasta la última fibra para extraer todo el jugo de sus víctimas y de esa forma conseguir toda la fuerza vital que necesitaba para subsistir en ese lúgubre, húmedo y oscuro mundo.

De todos mis portadores, quien menos me ha interesado ha sido Gollum. Le infravaloré, quizás porque siempre lo consideré un pobre desgraciado que aspiraba a más pero no daba para ello. Era envidioso, mezquino y cruel, rechazado por los suyos, sin poder e importancia. Era un don nadie, pero, por algún incomprensible motivo, él siempre sintió una devoción, un impulso incuestionable por mí desde el primer momento en que puso su mirada sobre mi superficie aún embarrada. Esa

devoción la mantendría firme e inquebrantable hasta su último suspiro. Había desarrollado una peculiar conexión conmigo. Gollum me veneraba, me atendía, me adulaba, me contaba lo que ocurría alrededor, aunque por lo habitual fuera una información dispersa y sin apenas importancia. ¿A quien le podían interesar los actos mezquinos esos de unos trasgos estúpidos? Gollum no osaba salir fuera y mucho menos conmigo. Había alargado tanto su mísera vida gracias a mi influencia, que ya no resistía la luz hiriente del sol en sus ojos, ni el calor de sus rayos. Tan solo salía en muy contadas ocasiones cuando podía imponerme ante el terror que experimentaba su esencia y siempre lo hacía solo y de noche al amparo de una luna pálida y tenue. Gollum se había convertido en un ser de las cavernas y por muchos años esas fueron mi hogar.

Allí, al refugio de las entrañas de las Montañas Nubladas, volví a sentirme protegido de los enemigos del Señor Oscuro. Mientras, fuera de nuestra guarida, Sauron iba tomando forma. Pasaron de esta forma varios siglos, hasta que después, con el paso del tiempo, empecé a tener la sensación de que debía salir de mi reclusión. Podía percibir de forma muy leve su presencia en Arda. ¿Quizás había llegado el momento de salir de mi anonimato y buscarle para juntarnos de nuevo? Si realmente era así, ahora, debía encontrar un medio para salir de las cavernas. Y eso, ante la tozudez férrea por parte de Gollum a no sacarme de allí, no iba a resultar fácil.

Así estaba yo, pensando en como convencerle para que saliésemos, cuando, inesperadamente, cómo aquella vez en el río, sentí la presencia de una criatura que, obviamente, no era un trasgo. Se fue acercando de forma sigilosa a mi. Se asemejaba más bien a aquellos humanos pequeños de los que había formado parte Sméagol, aunque era evidente tanto por su aspecto como por sus actos, que no tenía nada que ver con ellos. Entonces, de forma precavida, una mano temblorosa se acercó a mí en la oscuridad. Si lo hubiera deseado podría haber conseguido que esa mano me ignorase. En realidad, no resultaba ser en apariencia una criatura de alma oscura. Pero en ese lúgubre lugar pocas oportunidades podía esperar, a parte de algún trasgo torpe e inútil y Gollum se negaba a salir a la luz del día conmigo, pese a mi insistencia en seducirle en ese sentido. Así que me deslicé bajo esa mano y dejé que fuera descubierto.

También fui yo quien hizo que metiera la mano en el bolsillo de su chaleco durante esa disputa infantil de acertijos y que exclamara “¿qué tengo en el bolsillo?”. Era menester que ese ser me llevara al exterior y no sería la criatura Gollum quien lo impidiera comiéndoselo. El pobre Gollum, al igual que antes Isildur, nunca sabrá que Su Tesoro no fue robado. Su Tesoro realmente estaba hastiado de su portador y le estaba abandonando. Y ahora, al final de todas las cosas, mi existencia está de nuevo en las manos de esa criatura desdichada.

Y tan sólo me quedan cuarenta segundos de vida.

Al salir de las grutas, la sensación de Su llamada fue apagándose. Eso me desconcertó un poco y me pregunté si había sido imprudente y abandonado mi refugio demasiado pronto. Sin embargo, gracias a mi esfuerzo por mantenerme en el anonimato, y al poder que depositó en mí, Sauron había empezado a reconstruir su forma, escondiéndose para tal fin entre las tinieblas crecientes del Bosque Negro. Allí, poco a poco, fue adquiriendo poder y medrando bajo la apariencia de lo que los mortales e inmortales creyeron un nigromante. Tan sólo el hijo de Eärendil y Elwing así como la elfa engreída, esa noldo de gran altura y relucientes cabellos, sospecharon de su auténtica identidad. Pero ya podían tramar y conspirar contra el Señor Oscuro, porque mientras yo, su alma, su tesoro, su Anillo, estuviera a salvo, Él sería indestructible más allá de su alcance.

Pero ahora mis dos obnubilados portadores luchan por sentirse de nuevo completos con mi

posesión, ahora se comportan como auténticas bestias descontroladas.

Y tan solo me quedan treinta y cinco segundos de vida.

Los siguientes cincuenta años se podrían resumir en una palabra: Hobbits.

Hobbits insulsos. Hobbits tediosos. Hobbits simples. Predecibles cómo ninguna otra criatura que haya vivido sobre la faz de la Tierra Media. No sabéis el tormento que fue para mí, el alma del Gran Sauron, vivir entre ese pueblo de rústicos sin ambición alguna, que sólo pensaban en trabajar sus tierras para hartarse con sus frutos hasta la saciedad, y beber cómo descerebrados por la noche en la taberna para empezar de nuevo con la misma rutina cada mañana al alba. Eran, sin lugar al menor atisbo de duda, una caterva de toscos, ignorantes y rudos hobbits.

Tan solo uno de entre toda esa panda de palurdos se salvaba y había tenido la suerte de que ese uno fuese la criatura con la que me encontré en la cueva y que me sacó de ella. Pero ese hobbit al que llamaban Bilbo iba con una desagradable compañía cuando aconteció mi rescate. Un mago. ¡Un maldito mago! Un Istar enviado desde las tierras del Oeste. Un odioso y quisquilloso entrometido que empezó a sospechar de mi esencia tan sólo con verme. Bilbo le llamaba Gandalf, pero yo sé que se trataba del mismo Olórin, aunque su forma había trasmutado y ya no se asemejaba a aquella grácil, paciente y sabia presencia que habitaba en los dominios de los Valar.

Bilbo tuvo una vida apacible. Comparado con Gollum, apenas me usaba, tan sólo para hacer alguna broma, esconderse para saber que se decía de él o para desaparecer de forma rápida si sus piernas no se lo permitían cada vez que se encontraba con ciertos hobbits, a quienes intentaba evitar por todos los medios, aunque a mí me resultaran más atrayentes. Se trataba de un matrimonio, el hombre correcto, pero muy meticuloso y muy escrupuloso con la ley. Luego estaba ella, era la que realmente tomaba las decisiones en esa pareja. Una mujer interesante, movida por la envidia, que deseaba reconocimiento entre los suyos y actuaba con arrogancia, creyéndose superior a todos, amparándose en el linaje de su marido y los derechos sucesorios que este había sustentado antaño sobre la heredad de Bilbo. Jamás perdonó que Frodo fuera adoptado después de la prematura e inesperada muerte de sus padres, y mucho menos que Bilbo lo llevara a su casa y le nombrase su heredero. Se sentía ofendida y enfadada, pero nunca pasó de allí. Hacía mucho ruido, pero abarcaba muy poco. En el fondo era una pobre amargada, creída de sí misma, que no ambicionaba ir más allá. Tan sólo codiciaba la posición social y conseguir las posesiones materiales de Bilbo y por ese motivo no resultaba adecuada para mis planes. Solo me hubiera usado para lograr alcanzar sus propósitos o como mucho disfrutar de fama y prestigio y muy posiblemente hubiera acabado llamando la atención y esa no era mi intención. Pegada a esta tal Lobelia estaba su hijo, un bobalicón consentido que vivía agarrado de las faldas de aquella madre posesiva e inquisitiva. Un personaje secundario carente de personalidad, opinión y decisión. No, Bilbo era una criatura más fiable, más sensata. Acaudalado, instruido y sabedor de que no convenía que nadie conociera de mi existencia. Nadie menos ese entrometido de Gandalf, el cual también compartía esa opinión. Por algún motivo que desconocía, Gandalf me ocultaba del mundo, así que permanecí expectante.

Al principio había pensado que cuando Bilbo volviera a su casa el mago le dejaría tranquilo, pero no. De tanto en tanto aparecía y le visitaba, algunas veces por más tiempo y en ocasiones se presentaba a altas horas de la noche y partía con la primera luz de la mañana. Generalmente nunca se demoraba demasiado y como era de esperar, también hablaron de mí. Bilbo llegó a confesarle que yo le inquietaba, que estaba pensando en el anillo más tiempo de lo debido, que era como una obsesión. Había llegado incluso a vigilarme y se había dado cuenta de que mi tamaño y peso podían

variar. Había advertido como en ocasiones me deslizaba de su dedo, llegando a la aparentemente absurda conclusión de que el anillo gozaba de algún tipo de voluntad propia. Es curioso que de todos mis portadores hasta ese momento, el único que llegó a pensar esto fuera Bilbo ¡Bravo, siempre fuiste mi preferido! Por suerte, las visitas del mago fueron alargándose con los años hasta prácticamente desaparecer, y eso me calmó.

Aproveché mi estancia en Hobbiton para ir estudiando a Bilbo. Me maravilló su intelecto y sus ganas de aprender, conocer las cosas, investigar. Esa faceta fue muy agradecida, me recordaba a mi cuando estuve en el río y no me extraña que hubiera llegado a creer que yo tenía voluntad. También me gustó su personalidad traviesa en ocasiones, inesperada, curiosa, excéntrica, generosa, a veces calmada y otras quisquillosa. Era un golpe de aire fresco en medio de ese villorrio.

Al contrario que Gollum, nunca había tenido que luchar para conseguir su sustento, así que su cuerpo se había acomodado, aburguesándose. Su aspecto era bueno, pero muy lejos de la constitución que tuviera cuando le encontré. Le gustaba disfrutar de la buena vida y realmente no le deseaba mal a nadie y nadie le deseaba un auténtico y verdadero mal. No obstante, una parte de los lugareños le tenían bastante envidia.

Se quejaban de que había vuelto de su viaje con una gran fortuna que debía de tener escondida, por algún sitio de su casa, debajo del suelo, en un mueble o detrás de una pared. Existían muchas hipótesis al respecto y ninguna era correcta. Puedo asegurar que la fortuna no era tan exagerada como decía la mayoría. Yo vine con esa fortuna y mucha de ella se fue gastando con el tiempo. También se quejaban de que la vida le sonreía de forma generosa y que además no parecía envejecer. Por lo que respecta a esa apariencia, debo reconocer que ese es un don que concedo a mis portadores. No es ningún premio, es un simple intercambio. Si me sirves bien, yo te cuido para que puedas seguir cuidándome más tiempo. Si no me interesas, busco otro portador más adecuado a mis intereses y en el mejor de los casos, simplemente te dejo.

Bilbo no fue un mal cuidador. Gracias a él descubrí el significado del respeto, del trabajo bien hecho y el placer del conocimiento. Disfruté viendo como se deleitaba con la escritura de su libro. Ese interminable libro que le ocupaba gran parte de su tiempo. Pero sobre todo descubrí el placer por la vida, por la vida simple, por la buena vida. Bilbo decía que la felicidad es la simpleza, que las cosas complicadas no nos permiten disfrutar de lo auténticamente importante. Se dedicaba a disfrutar de una comida o fumar tranquilamente cerca de la entrada de la casa contemplando el jardín y toda la extensión de los campos de La Comarca hasta llegar al viejo molino allá en el río. Eran sensaciones que percibía y que nunca había advertido en ninguno de mis anteriores portadores. Esas sensaciones me fascinaban y me desconcertaban. No lograba entenderlas del todo, pero tampoco me desagradaban ni me parecían banales o sin importancia. Fue el descubrimiento del mundo desde un nuevo punto de vista. Uno que aún no había experimentado, uno curioso y diferente, simplemente diferente. Sí, Bilbo me caía bien y me sentí bien a su lado. Me gustaba estar en el bolsillo de su chaleco. Ese bolsillo era ahora mi hogar y mi seguridad.

Frecuentemente Frodo solía observarle cuando trabajaba en su libro. En ocasiones, el viejo hobbit aparcaba por unos segundos su trabajo y suspiraba mientras veía como crecía y maduraba su pupilo. En esos momentos ansiaba algo, pero nunca dio muestras de que era lo que le hacía estremecerse, como si de golpe sintiera frío, y una sensación mezcla de cansancio y de añoranza recorriera su espalda sobrecogiéndole unos instantes. En su mente no había ambiciones, tan solo recuerdos de otros tiempos y de todo aquello que había vivido en su juventud cuando nos encontramos. Ahora se había convertido en un hobbit anciano, pacífico y calmado que ya no deseaba meterse en nuevas aventuras, o quizás sí. Pero sabía que, si deseaba hacerlo, el tiempo para ello se le estaba acabando

y pensaba a menudo en esas hazañas, en esos paisajes, en las montañas, en los seres que le habían acompañado y en como cambió su vida el día en que salió de su casa, como solía señalar a menudo, sin ni siquiera un pañuelo. Los años no los aparentaba, pero estaban allí y su esencia cómoda se había impuesto ante la del aventurero explorador. No daba señales de que algo le pudiera afectar o preocupar. Fueron años en los que pude relajarme y disfrutar del momento tranquilamente. Lo único insufrible eran los habitantes del lugar, la panda de paisanos básicos, insulsos y palurdos hobbits que mayoritariamente le rodeaban. Aunque por suerte, yo no habitaba en el bolsillo de ninguno de ellos.

Llevábamos varios años sin noticias del mago, hasta que un día volvió a aparecer de nuevo. Ese maldito mago. Ese entrometido Gandalf con su sombrero picudo y su cara barbuda de espesas cejas tras las que ocultaba sus entrometidas intenciones. Fue entonces cuando Bilbo le confesó que deseaba dejar La Comarca. Se sentía cansado y quería un descanso, un descanso muy largo, probablemente un descanso permanente. Había decidido que ese descanso empezaría en unos meses, el mismo día en el que él cumpliera ciento once años y su sobrino Frodo cumpliría su mayoría de edad a los treinta y tres. Era una buena ocasión y lo celebraría por todo lo alto con una gran fiesta. Luego desaparecería de los ojos de todos y partiría para siempre.

Excitado ante esa idea, requirió de los servicios del mago para amenizar la gran fiesta y Gandalf aceptó, no sin antes debatir ciertos detalles en un largo paseo nocturno a la luz de las estrellas por los campos de Hobbiton. Lo que se habló en esa caminata me fue desconocido. Bilbo me dejó expresamente en un cofre, en la alacena. Cuando después regresó me fué imposible leer su mente. Era como si una fuerza poderosa protegiera las palabras que se habían pronunciado esa noche. Posiblemente el metomentodo del mago tuviera algo que ver en eso. Por ese motivo decidí permanecer atento, pero los pormenores y los preparativos de la Fiesta me aburrieron solemnemente, aunque me divirtió ver el revuelo que provocó en toda la localidad y como logró movilizar a tanta gente para su proyecto.

La Fiesta tuvo lugar y yo fuí el protagonista del broche final. Tal como le había contado a Gandalf, desapareció de los ojos de todos dejándolos anonadados y completamente desconcertados. Esa salida me divirtió enormemente. Bilbo llegó de forma invisible a su casa y entonces me metió en un sobre y me dejó sobre la repisa de la chimenea. ¿Qué hacía? ¿Porqué hacía eso? Le persuadí de que debía cogerme, al fin y al cabo él me había encontrado, así que cogió el sobre y se dispuso a marchar. Justo entonces, el maldito mago metió sus narices en Bolsón Cerrado. Gandalf le insistió para que dejase el sobre en la chimenea. Mi influencia sobre la mente del hobbit logró que se enfrentara al mago. En ese momento yo hablé por Bilbo.

- *“Él vino a mí “* - le increpó.

Entonces ante mi sorpresa y la del hobbit, el mago se reveló como el poderoso Istar que era, descubriendo parte del poder que ocultaba. Yo le hubiera resistido sin ningún problema, pero el anciano Bilbo se asustó y tomó de nuevo el control de si mismo. Confesó que se sentía poseído y en ocasiones observado. Gandalf, ante el tembloroso hobbit, volvió a adoptar el papel de un padre protector. Al final, no sin un breve intento nuevamente por mi parte para hacerle cambiar de opinión y me llevara, Bilbo desapareció de mi vida y yo permanecí en ese sobre.

Gandalf acababa de observar un extraño comportamiento en el hobbit, fui demasiado imprudente, tendría que haber sopesado mejor ante quien estaba. Esto provocó que el mago sintiera recelo y que todas las dudas que había tenido alguna vez fueran incrementándose. Supo que algo oscuro y mortal estaba operando y advirtió a Frodo de que no me usara y fuera prudente.

Pese a sus dudas me dejó allí a cargo del joven hobbit, quien estaba sumido en la tristeza por la partida de su tío. Pasé a formar parte de las heredades que Bilbo había dejado a su sobrino. Había cambiado de portador, pero seguía estando oculto a los ojos de los elfos y los hombres y Frodo, parecía una criatura aún joven que, llegado el momento, no me costaría ningún esfuerzo poder dominar ¡Qué equivocado estaba! Aunque eso aún no lo sabía. Y ahora me encuentro en este trance.

Y ahora, tan solo me quedan treinta segundos de vida.

Mi estancia con Frodo resultó cómoda y curiosa. Me usó alguna vez, aunque mucho menos que el viejo Bilbo, ese jinete del barril, el que entierra vivos a sus amigos, y los ahoga y los saca vivos otra vez de las aguas, el que habla con los dragones y todas esas mamarrachadas que se atribuía. Las sensaciones a mi alrededor seguían siendo de tranquilidad, armonía y calma, manteniendo una dinámica similar a la de su tío.

Bilbo se había establecido en Rivendel, así que era una suerte que no me hubiera llevado. Elrond estuvo allí, a unos metros de Isildur el día en que fui separado de Sauron y me hubiera reconocido en el acto. La Comarca, vistas las circunstancias, era un buen lugar donde permanecer.

Bilbo y Frodo seguían en contacto, en verdad se echaban de menos los dos y la correspondencia entre ellos era bastante habitual. Fue en su última carta antes de que el mago hiciera su aparición de nuevo, cuando Bilbo le habló de ciertas inquietudes que había ido acumulando referentes a mi ser y que hasta el momento tan solo había compartido con Gandalf. Por ese motivo, Frodo dejó de llevarme suelto en el bolsillo de su chaleco y me colgó de una cadena. Ese fue un hecho que me disgustó en demasía, era lo más semejante a una servidumbre o a una esclavitud, y durante bastante tiempo, en mi interior, me sentí rencoroso y disgustado con Frodo. ¡Jamás nadie me había puesto una cadena a mi alrededor! Me sentí verdaderamente ofendido y violentado. ¿Cómo había sido capaz de tamaño insulto? No estaba nada contento con esa decisión, y la cosa no mejoró cuando al poco llegó de nuevo el entrometido Olórin, ese a quien ahora llamaban Gandalf.

Pude oír esa mañana la charla que mantuvieron. Frodo me sacó de su bolsillo, junto con la cadena. Habían requerido de mi presencia y allí estaba yo, colgando, mientras ambos me observaban sin apenas pestañear.

Gandalf le acababa de confesar que estaba seguro de que se encontraban en presencia del Anillo Único. Yo estaba furioso, muy furioso, pendiendo de esa soga de metal que me controlaba, mientras ambos permanecían mirándome. Por un momento me puse alerta, pero no di signos de querer controlarlos, no al menos en ese momento. Debía mantener la calma o podría acabar en manos de los magos o de los elfos y eso no beneficiaba a nuestros intereses. El mago estaba casi seguro de que yo no era un anillo cualquiera, sino un anillo muy peligroso, el más peligroso de todos. Por eso, cuando sentí el calor de las brasas sobre mi piel áurea, la ira se apoderó completamente de mí, revelándoles parte de mi secreto. Era un desafío muy potente y en ese momento yo me sentía realmente iracundo. Mi interior hirvió de satisfacción cuando en los ojos del mago vi claramente entendimiento y terror ante las letras gravadas en mi piel: *Ash nazg durbatulûk, ash nazg gimbatul, ash nazg thrakatulûk agh burzum-ishi krimpatul*. Por un momento Gandalf contuvo la respiración y su rostro se puso lívido como la muerte. Hizo una pausa. Cerró y abrió los ojos lentamente y luego, de forma pausada y con voz profunda, dijo:

- *Este es el Dueño de los Anillos, el Anillo Único que los gobierna. Este es el Anillo Único que el*

Señor Oscuro perdió en tiempos remotos, junto con parte de su poder. Lo desea terriblemente, pero es necesario que no lo consiga.

Fue un momento imprudente por mi parte, pero satisfactorio. Acababa de delatarme, lo sabía. Sin embargo el propio mago acababa de confirmarme que Sauron me estaba buscando. Sabía que me detectaría y acudiría en mi rescate. Confiaba plenamente en que el Señor Oscuro ya se había convertido en un gran terror y su dominio sobre la Tierra Media se extendía tal como la lava avanza desde las grietas del Monte del Destino, de forma peligrosa y constante. Era evidente, o Gandalf no estaría tan preocupado por localizarme. Me sentía exultante. ¡Al fin, después de tantos siglos, pronto me volvería a unir con mi creador y juntos seríamos imparables, cubriendo todas las tierras con una segunda oscuridad!

Después de esa charla, Frodo decidió que debía abandonar su hogar. Sauron, gracias a Gollum, había descubierto que Bilbo había obtenido el Anillo y no tardaría mucho en ir relacionando hechos y llegar a La Comarca. Frodo no quería sentirse responsable de lo que le pudiera ocurrir a La Comarca si Sauron enviaba a sus siervos a buscarme. Tenía muy claro lo que debía hacer.

El primer paso era abandonar el lugar de forma sutil, no deseaba llamar demasiado la atención. Debía emprender un largo viaje y nuevamente la fiesta de su cumpleaños sería el momento señalado para la partida, solo que esta vez no se organizó una fiesta, sino una venta. Su agujero se fue vaciando, sus pertenencias se fueron embalando, y una mañana emprendió el camino hacia un lugar que yo aún desconocía.

Fue entonces, cuando salimos de aquel entorno protector, que algo incorpóreo cambió. Era como si un poderoso hechizo hubiera mantenido protegida a La Comarca, y ahora que la abandonábamos, desaparecía o se quedaba atrás. Pude percibir la presencia de Él, o Él percibió la mía, por un momento hubo una conexión entre ambos. Fue en ese instante, cuando por primera vez en muchos siglos, Sauron temió por mi integridad, o mejor dicho, por la suya. Y los Nueve se lanzaron en mi búsqueda.

En comparación con todo el tiempo que he estado en esta existencia, el viaje que emprendieron hacia la que sería mi perdición no resultó tan largo, apenas seis meses. Seis meses en los que intenté por todos los medios posibles llamar la atención de los siervos de Él. Mientras el reducido grupo iba avanzando, nos cruzamos diversas veces con algunos de los Nueve, pero parecían incapaces de olerme, de localizarme, de sentirme, de percibirme y de cogermelo. Yo, que les había mandado y ordenado, que había sido el intermediario entre ellos y Sauron, y ahora parecían estar por completo aletargados, incapaces de reaccionar o de intuir algo. Era como si al mismo tiempo les preocupara dar conmigo, pero no se esmeraran lo suficiente en hacerlo. No lo entendía, y sigo sin entenderlo. Fueron unos inútiles cuando se cruzaron con el pequeño grupo, justo al poco de salir en el camino. Un simple río les cerró el paso. En Bree fueron incapaces de oler mi presencia y las señales que les enviaba desde la estancia vecina, siendo engañados vilmente por la treta de un tal Trancos que se unió al grupo de cuatro hobbits. ¡Cuatro hobbits! ¡Cuatro desgraciados y minúsculos hobbits! Y ese misterioso montaraz del norte que ahora les escoltaba.

¿Cómo pudieron fallar de forma tan torpe en la Cima de los Vientos, donde tan sólo consiguieron herir al joven portador, volviendo a perderme? ¿Cómo? Está visto que el poder de los espectros resultó bastante cuestionable, o había menguado sobremanera, aunque los hombres los teman y huyan o tiemblen ante ellos. ¿Cómo no pudieron prever el poder de ese maldito Elrond, que junto al mago les impidió el paso? Ese elfo, vestigio de los Tiempos Antiguos, estaba protegiendo su hogar y, de golpe, yo me encontraba encerrado en su interior.

A los pocos días vino eso que ellos pomposamente llamaron el Concilio de Elrond. ¡Qué pedantes! Allí se discutió la forma de eliminarme, de destruirme. Mi portador debía ser mi verdugo. El montaraz resultó ser el heredero de aquel joven príncipe Isildur al que controlé hace tiempo. Les acompañaba un exasperante hombre en representación de Gondor, que había acudido buscando una forma desesperada de proteger a su pueblo. Un enano de noble estirpe. Un elfo silvano hijo del Bosque Negro, que había sido enviado para comunicar que Gollum había escapado. Y evidentemente, el entrometido mago y los tres hobbits restantes. Una insólita mezcla de personajes diversos, que al final resultaron complementarse demasiado bien. Nueve en total, como los ineptos Nazgûl.

Y ahora, por su culpa, tan sólo me quedan veinticinco segundos de vida.

En el Concilio les dejé bien clara cual era mi intención. No iba a ser tan fácil eliminarme. Sauron me localizaría pronto, o eso esperaba. ¿Por qué habían fallado sus esbirros en tantas ocasiones? ¿Qué estaba absorbiendo tanto su atención para dejarme desatendido de esa forma, esperando tan solo a que, en una ocasión cualquiera, mientras viajábamos al sur, cualquier patrulla diera por casualidad con nosotros y me recuperaran? ¿Qué clase de plan era ése? ¿Por qué actuaba así cuando yo le había proporcionado todo el tiempo del mundo para recuperarse y reconstruirse? Ahora, cuando yo estaba en peligro, Sauron tan solo se dedicaba a esperar mientras me acercaban a sus dominios. Aunque... ¿tal vez ese fuera su plan para rescatarme? No sé cómo podía dudar de Él. Sin embargo, siempre conviene tener un plan por si se debe recurrir a él y, obviamente, mi carácter se forjó en el engaño. Yo soy un cazador en las sombras que intenta ahogar la conciencia de la mente de su presa, apoderándome pacientemente de ella, poco a poco. Con calma acabaría poseyendo a ese infeliz de Frodo. Finalmente él caería bajo mi yugo y nuevamente tendría otro esclavo al que manejar a mi antojo y huir si era necesario. Sí. Podría funcionar.

Apenas dos meses después del Concilio, la llamada Compañía emprendió de nuevo el camino. Lo primero que percibí fue como se iba diluyendo el poder de protección que el hijo de Eärendil ejercía sobre Rivendel. Y nuevamente lo pude percibir a Él y Él me percibió a mí. Advertí en Sauron un sentimiento de alivio al saber que me acercaban a Él y no tenía que ir a buscarme al refugio de los elfos tan distante y protegido. Intuía cual sería el camino que tomarían, eso era toda una ventaja y le daba tiempo para posicionarse. También noté un halo de magnificencia y soberbia sintiendo como estaba completamente seguro de su triunfo. No obstante, yo aún estaba a la merced del enemigo y eso no me gustaba.

Desde que partimos, todo fue muy rápido y resultó muy decepcionante. Los lobos fallaron. El guardián del agua fue el único que les puso en serios apuros todo el tiempo que estuvieron delante de la Puerta de Moria, y eso ocurrió solo gracias a que yo manipulé a ese hombre de Gondor para que tirara, llevado por su desesperación, guijarros al agua y así despertarlo. Demasiado tarde. Tendría que haberlo pensado antes, pero al menos ya nos encontrábamos dentro. Me sentí a gusto dentro de Moria, ya no era un reino de enanos ¡Era un reino de Sombras! Tengo que reconocer que fueron muy precavidos durante ese trayecto. Yo distinguí la presencia de orcos, trolls, e incluso de un antiguo Balrog, pero también detecté la presencia de mi siervo Gollum. Ahora lo único que tenía que hacer era conseguir que esas criaturas se fijaran en nosotros y despertar al Balrog. Sí, el Balrog sería un enemigo muy poderoso y al confiado de Gandalf no le quedaría otro remedio que enfrentarse a él. En pocas ocasiones se ha salido con vida del enfrentamiento con un Balrog. La torpeza innata, esta vez de uno de los hobbits, me iba a ser de mucha ayuda. Ya lo creo que sí.

¡No sé cómo pudo ser posible! Los orcos, trolls y el Balrog fallaron. Tan sólo el mago fue arrastrado a los abismos de las minas y consiguieron salir portándome entre ellos. En Lothlórien, la arrogante elfa noldo se atrevió a renegar de mí, de forma burlona y coqueta. Pero por fin abandonamos el maldecido reino de la Dama Blanca, y en el Anduin los siervos de Sauron tuvieron de nuevo la oportunidad de concluir con todo, y nuevamente no consiguieron nada.

Y a mi sólo me quedan veinte segundos de vida.

Fue entonces cuando pensé en cambiar de portador. Al fin y al cabo un hobbit no deja de ser una criatura insignificante, y ese hijo del Senescal había suplicado hasta la saciedad que se me llevara a Gondor para salvar a su despreciable pueblo. En mi se depositó el poder de corromper al portador con sus mayores miedos, pero a la vez con sus más íntimos deseos. Pobre inútil, otro que se creía con la inteligencia y facultad de poder manejarme a su antojo para sus fines, y nada menos que salvar a su pueblo, que llevaba años sangrando defendiendo las tierras de los demás reinos. Me río de esos fines, aunque reconozco que fueron más generosos y altruistas que los de Isildur, obsesivo, egoísta y cobarde.

Cuando una mente se encuentra dispuesta, es muy sencillo manipularla. Boromir había dejado muy claro que su misión principal era obtener el Anillo, fuera cual fuera su precio. El pobre infeliz no sabía entonces que ese precio pudiera llegar a ser tan alto. Pero, cuando estaba a punto de conseguirlo y de convencer a Frodo para que fuera con él a Gondor, tuvo que apresurarse y asustarle con sus violentos ademanes. Como hacen todos los cobardes que me han tenido, Frodo introdujo el dedo en el Anillo, usándome para huir, aprovechando ese poder de invisibilidad que confiero a todo el que me usa. Ahí estaba, a los pies de Amon Hen, desconcertado al ver como Frodo huía ante el acoso de Boromir. Los orcos atacaron en ese momento y la compañía se separó. Sentí en ese momento que era posible huir de todos e ir al encuentro del Señor Oscuro, que me estaba esperando en su torre. Mas entonces tuvo que aparecer de nuevo ese maldito jardinero, ese insufrible Sam, ese lacayo infecto del que no he conseguido deshacerme por mucho que lo he intentado, y juntos emprendimos el camino maldito.

Y a mí solo me quedan quince segundos de vida.

Cuanto más lo pienso, menos puedo entender por qué Sauron no me encontró y sí que lo hizo múltiples veces la criatura Gollum. Cuando volvió a aparecer creí que me reclamaría, que podría volver a dominarla, pero no fue así. De forma totalmente inesperada ese vil y repugnante ser se dejó convencer por Frodo, quien primero le amenazó y luego le obsequió con dulces lisonjas. Gollum se dejó engañar sin el menor sentido. Frodo le había perdonado la vida y se sentía en deuda con él, así que todos mis intentos por manipular a Gollum en ese instante fracasaron. Poco a poco les fue conduciendo por los lugares más lúgubres, a través de los que no hubieran sido nunca capaces de atravesar sin su guía. De esta forma, llegamos ante la imponente Puerta Negra, la entrada a la tierra tenebrosa de Mordor. ¡Ah! Que dulce sensación sentirse tan cerca, y que angustia al ver que nadie nos podía detectar y cada día nos acercábamos más y más a las laderas del Monte del Destino.

Soy consciente que yo formo parte del Señor Oscuro, pero Él no forma parte de mí. ¿Podría ser ese el motivo por el que yo fuera capaz de sentirle con más intensidad, de vislumbrar algunos de sus pasos, de poder llamarle desesperadamente y Él apenas me sentía, no lograba encontrarme, y tan solo había podido mantener algún contacto breve y esporádico conmigo? Sabía que Sauron conocía o al menos intuía los planes de Olórin, lo había notado en el aire, no sabía cómo los había

descubierto, pero notaba esa intranquilidad, esa orden a todos sus siervos de que yo estaba en camino y tenían que bloquear ese intento. Pero al mismo tiempo percibía una intensa preocupación, enérgica y obsesiva, por centrarse en el enfrentamiento que mantenía con los hombres. Deseaba doblegarlos y conquistarlos, y todos sus recursos se centraban exclusivamente en el reino de Gondor y lo que acontecía en él. Gondor era lo importante y yo era, digamos, una segunda preocupación. ¿Me estaba ignorando? ¿Sería descabellado pensar que había ocurrido algo que yo desconocía y que hubiera llevado a Sauron a creer ciegamente que yo en esos momentos ya estaba en Gondor? ¿Por qué no se daba cuenta de mi proximidad? Aunque debo reconocer que podía tener su lógica pensar que me hallaba en la seguridad de la Ciudad Blanca. Quién puede imaginar que dos indefensas y patéticas criaturas como esas pudieran llegar tan lejos dentro de sus propios dominios. Si no fuera porque Gollum las había guiado. Sí. Tenía que volver a controlar a esa criatura, era mi única salida. Debía volver a intervenir.

Fue así como Gollum acabó rebelándose contra Frodo y conseguí que de nuevo apareciera en sus ojos la obsesión con tenerme y destruir a los dos hobbits. No se por qué en ese momento resultó tan fácil y antes me había costado tanto. Quizás a la miserable criatura Gollum le empezaron a asaltar terribles dudas sobre sus acompañantes y esa noche tan solo necesité avivar la parte más oscura de su ser. El pobre Sméagol acabo sepultado en lo más profundo y oscuro de su alma.

Empecé a creer que Sauron tendría que haber puesto el mismo esmero en recuperarme, como el que puso esa hija de Ungoliant para intentar devorarlos. Todo parecía por fin marchar bien, pero nuevamente Sam. Otra vez Sam. Ese maldito Sam, ¡Cómo odio a Sam! ¡Ojalá pudiera dominar a Sam! Pero era sumamente precavido y siempre evitó el contacto directo conmigo. Ese hobbit insufrible tenía una mente bondadosa, indulgente, comprensiva y sobre todo sentía una devoción por Frodo como nunca he visto en cualquier otro ser. Intenté corromperle desde el principio, pero todos mis intentos fracasaron para, al final, conseguir rescatar a Frodo de los orcos de la torre y tener de nuevo otra oportunidad.

Mientras, a mí sólo me quedan diez segundos.

Sam y Frodo huyeron de la torre de Cirith Ungol y de forma incomprensible e inexplicable, yo seguía con ellos. ¡Malditos orcos codiciosos asesinándose por una simple cota de mithril! Mi futuro era muy inseguro, pues ya llegábamos a los pies del Orodruin, después de deambular vestidos con andrajosas ropas orcas. El Monte del Destino estaba ante mí, imponente y amenazante. Y yo estaba de nuevo sólo, terriblemente sólo. En mi existencia me he encontrado con seres que resultaron ser codiciosos, otros tiranos, pero los hay que son compañeros y lo comparten todo. Por desgracia para mí, Sam resultó ser uno de estos. Cargó con Frodo y conmigo para ir subiendo la montaña, sin que Sauron fuera capaz de percibirme. ¡Empezaba a ser de esperar! Y como también era de suponer, la criatura Gollum fue la única que acudió a mi llamada. Allí apareció, dispuesta a luchar hasta el último aliento de su vida, saltando sobre Frodo, que sacó fuerzas de su interior y consiguió imponerse a la débil y demacrada criatura.

Sam decide darle el relevo a Frodo y queda controlando a Gollum, que permanece ante él en actitud sumisa. Seguidamente, apremia a su compañero para que vaya hacia la Puerta de los Sammath Naur. Decidido, Frodo se dirige hacia la gruta y los dejamos allí. Dejamos a Sam enfrentándose con Gollum, buscando de esta forma conseguir algo de tiempo para su amo, para su amigo.

Tiempo era lo que yo necesitaba, y tiempo era lo que debía conseguir. En ese instante, después de

tanto sufrimiento por oponerse a mi resistencia, una vez dentro de la cavidad de la montaña, mi poder aumentó de forma extraordinaria y conseguí imponerme a la férrea voluntad del portador. Costó, pero por fin, Frodo estaba bajo mi poder. Pude sentir como la criatura Gollum había logrado huir de Sam, y se disponía a subir, así que tuve que actuar rápido. Me introduzco en la mente del hobbit, que permanecía de pie, hierático ante los resplandores del abismo. Sam ha llegado y le llama, y logro que mi portador se gire y proclame con voz clara, limpia y potente, como hizo en su momento Isildur cuando me recogió:

- *“He llegado. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré ¡El Anillo es mío!”*.

Ante la mirada atónita de Sam, he conseguido convencer a Frodo para que me salve y se ponga el anillo.

Aunque tan sólo me quedan cinco segundos de vida

Pero...¿Salvarme de qué? Del egoísmo de Sauron, de aquel que me creó para protegerse, de aquel que me ha ninguneado y no ha sido capaz de hallarme pese a todos sus siervos y a su supuesto infinito poder. Ese ¿cobarde? Sí, cobarde cómo lo fue aquel rey a quien destruí. Sauron se siente indestructible y poderoso, pero está muy equivocado. Si Él se cree así es porque Yo se lo he permitido. Yo soy el que realmente tiene el poder. Yo decido si Él vive o Él se destruye. Él y Yo somos uno y depende completamente de Mí. Si Yo decido morir, Él también lo hará. Estoy cansado de actuar como un siervo, como su siervo. No merece tenerme. No deseo ser su oculto servidor, su salvaguarda, esa parte de Él que puede olvidar y dejar tirada a su antojo. He perdido por completo la fe en Él. Estoy hastiado, ha llegado un momento en el que no deseo plantearme siquiera el volver de nuevo a manos de otras criaturas. De volver al anonimato otra vez, mientras Sauron se alza como el más astuto y peligroso de todos los habitantes del Reino Antiguo y en verdad, no ha hecho más que ignorarme. Estoy cansado de subsistir en este eterno engaño, así que YO elijo la muerte, y Él vendrá conmigo.

Ya lo he decidido, el viaje que empezó en la lava, acabará en la lava. Durante toda mi existencia y sin poder moverme por mi mismo, Yo he vivido mucho más que Sauron. A él tan solo le ha importado imponerse y dominar, nada más. No ha sido capaz de apreciar todo lo que le rodeaba y Yo he vivido, Yo he visto, Yo he sentido. Mi existencia, las experiencias por las que he pasado para salvarle, han hecho que Yo viviera, me descubriera y valorara. No soy solo una historia, una leyenda, o un cuento. Soy un ser vivo. Puedo disponer de mi mismo. Tengo voluntad propia y he decidido que mi viaje acaba aquí, y estoy preparado, aunque dudo que él lo esté, pero eso no tardará mucho en ser su problema. Cuando Frodo me ha usado, Sauron me ha sentido y se acaba de dar cuenta de todo lo que está pasando. El Ojo acaba de escrudñar en el interior de la cavidad y ha contemplado a Frodo bajo mi poder y ha visto y comprendido mis intenciones. Por primera vez en toda su existencia ha sentido auténtico pavor, mucho más que el día en que me separaron de él en el campo de batalla. Por primera vez ha sabido lo que realmente significa la palabra miedo, pues este sentimiento por él desconocido le ha atrapado, como una tela de araña inmoviliza a sus víctimas. El miedo, esa venenosa araña que acaba de convertirse en auténtico terror, le está devorando y poseyendo. Acaba de entrar en pánico al darse cuenta del gran error que ha cometido depositando tanto poder en mí e ignorándose luego. Intenta comunicarse conmigo, pero Yo le ignoro y le ofrezco mi silencio. Convoca de forma desesperada a sus siervos y envía de forma urgente en una última carrera a los Nazgûl. A los Nueve, a los espectros del anillo, al terror de las almas. Me río yo de los Nueve, esos inútiles que nunca han hecho nada y tampoco lo harán hoy. Sé que están muy

lejos y recurrir a ellos no ha sido más que un acto de desesperación y cobardía para librarse de la pegajosa tela de araña que aprisiona su cuerpo. Sauron se acaba de convertir en un simple instrumento dentro de la gran pieza sinfónica que me dispongo a orquestar. Será breve, despiadada y sin contemplaciones. Soy un verdugo que lleva a su víctima a la decapitación. El final de la cuenta atrás ha llegado, será rápido, muy rápido. Me quedan apenas Cinco segundos, pero ahora Sam regresa.

Cuatro.

Gollum está cerca. Es mi oportunidad. Ha sido el único que me ha sido fiel. Él siempre me ha encontrado. En verdad le importaba, por eso siempre me encontraba, y Yo nunca le he premiado por ello. Así que hoy, mi servidor, se cumplirá el deseo más ansiado por el que has estado suspirando tantos años.

Tres.

Sí, Gollum ha vuelto, y además acaba de dejar a ese maldito jardinero tendido en el suelo inconsciente. Ya era hora de que lo quitaran de en medio. Frodo sin Sam no es nada, no es más que un niño perdido con una misión que se le está haciendo demasiado grande y que necesita desesperadamente tener un compañero en el que apoyarse. Sin Sam por medio, el momento en que Gollum le quite el anillo a Frodo ha llegado y Yo le ayudaré.

Dos

Los fuegos del abismo despiertan. Guiado por mi, Gollum se enfrenta a un invisible Frodo y logra sujetarle la mano y la acerca a su boca. Allí la muerde con todas sus fuerzas. Sus agudos colmillos rebanan carne y hueso. Se lo arranca. Frodo vuelve a aparecer gritando y desfallece de dolor. Gollum se levanta ante él en posición triunfal. Alzado y erguido. Poderoso. Al fin lo ha conseguido. Frodo se siente vencido, en este momento está solo y desamparado. No osa mirar a su adversario y mantiene su mirada en el suelo y en su mano ensangrentada, cómo el niño asustado que ahora mismo es. Ni siquiera tiene ahora a Sam para apoyarlo, y como un niño pequeño queda con la cabeza gacha consciente de su error. Al fin estoy libre.

Uno

Ahora Gollum lo domina todo, es poderoso, y soy consciente de lo que esto significa para él. Para el pequeño Sméagol, un ser inadaptado que deseaba más reconocimiento entre los suyos, presa de inseguridades que le convirtieron en una persona codiciosa y egoísta, para el Sméagol que no fue capaz de dominar su envidia y su ira y acabó con su mejor amigo, para el Sméagol que se convirtió en Gollum y cuyo único motivo de su existencia ha sido el que Yo le di, protegerme. Si, al fin Gollum lo ha logrado y aprovecharé este sentimiento para animarlo a que lo festeje. Al fin ha conseguido esa aprobación que siempre ha deseado, acabo de dársela, de alentarle a que también se sienta como un niño, cómo ese pequeño Sméagol que corría junto al río y comía moras hasta hartarse, como el pequeño Sméagol que jugaba con Déagol frente al portal de su casa, como ese pequeño Sméagol que al fin había obtenido todos los regalos de su fiesta de cumpleaños y estaba saltando para celebrarlo. Dejo que la infeliz criatura lo celebre. Así, así, pequeño y minúsculo ser. ¡Brinca! ¡Brinca! Sigue, no pares, hoy es tu momento, salta, baila de alegría y no te fijas en lo que tienes a tu alrededor. Muy bien, sigue así, hacia esa luz, allí Yo brillaré para tí como nunca he brillado para nadie y permaneceremos juntos hasta que llegue tu final.

- ¡*Tessoro, tessoro, tessoro!* - grita de alegría.

Si llegas a la luz nada podrá separarte jamás de mí, le insinúo en medio de su celebración.

- ¡*Oh mi Tessoro!* - exclama extasiado feliz por su triunfo.

Y cae por el borde de la grieta. Una última palabra de alegría brota de su garganta, ¡*Tessoro!* Pero la maldad de los abismos convierte esa expresión de satisfacción en un lamento de desesperación. Nada le separará de mí, tan solo la candente lava lo apagará, sin que sea consciente de ello, en su inconmensurable felicidad.

Descansa en paz pequeño ser...

Entonces, todo se acaba. Sauron ha sido derrotado porque Yo lo he decidido. Esa ha sido Mi voluntad. Ha sido derrotado por su propio egoísmo, por su cobardía, por su soberbia, por su falta de interés. él lo sabe. Sus siervos sucumbirán, y Yo he sido quien ha decidido el final de su destino. **YO**, lo he acabado todo.

Epilogo

El vacío incoloro le rodeaba. A lo lejos se oyó una ligera nota, similar al toque de una campana, muy débil, apenas perceptible y unas ondas fueron acercándose, como las que producían los peces al saltar en el río. De nuevo silencio y otra nota y poco después otra. Era un canto antiguo, primigenio. Un canto formado por múltiples voces que se entrelazaban, entraban y salían, que se perseguían y se acompañaban. Al principio no pudo distinguirlo, pero poco a poco después, la letra se le reveló de forma clara.

Quilda. Quilda. Quilda. Nihtalya Lírinen emettie.

“Calma. Calma. Calma. Tu parte en la Canción ha acabado.”

Por primera vez en toda su existencia en el universo, fue consciente del significado de esa palabra. Calma.

Respiro... Respiro... Respiro...

... Cero...